

La Antigüedad Tardía

*Nicolás Cruz Barros**

I. - Noticia:

Quisiera comenzar esta exposición entregando una referencia escueta del significado del término antigüedad tardía que se ha venido acuñando en las últimas décadas para indicar aquel extenso arco de tiempo que comprende los siglos III al VIII d. C. En lo cronológico abarca como un solo período los sucesos de la crisis del siglo III romano hasta la invasión de los árabes en Europa, por una parte, y la llegada de Carlomagno al poder por la otra.

La novedad radica en dos aspectos: el primero de ellos consiste en que lo que hasta hace algunas décadas eran dos momentos muy distintos de la historia -la decadencia del Imperio Romano y el surgimiento de la Edad Media- aparecen ahora comprendidos de manera radicalmente nueva como una unidad; y segundo, que la valoración de este tiempo arranca de sí mismo, superando una visión compartida a partir de un período superior o siglo de oro que abarcaría las dos primeras centurias de esta era. Este último punto constituirá uno de los aspectos centrales de mi presentación.

II. - De. "período de decadencia" al "bajo imperio" y la "antigüedad tardía".

Durante los últimos cincuenta años resulta posible observar que el período final del Imperio Romano ha sido denominado de tres maneras distintas por la historiografía.

* Profesor de Historia Romana en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

En su forma más tradicional y que arranca del siglo XVIII, se ha hablado larga y difusamente de la "decadencia romana". Quizás esta visión encuentra todavía algunos seguidores, y continua sirviendo como clave explicativa para los lectores menos familiarizados con el tema.

Esta idea que fue trabajada por Montesquieu en su obra *Sobre la grandeza de los romanos y su decadencia*, así como también enunciada por Voltaire en sus

Quizás como toda historia, esta deba comenzar diciendo que nosotros, los habitantes de este tiempo, participamos de la difundida convicción de que vivimos el final de una época de la historia. No me estoy refiriendo a que estemos a fines de un siglo ni que el milenio esté por terminar, si bien estos son aspectos que parecen influir en la gente, hecho que se nota en el lenguaje cotidiano de estos años. Me refiero a una sensación que considero más profunda y que dice relación con lo que parece ser el triunfo definitivo del liberalismo, la transformación de la idea de Estado que ha animado a las sociedades occidentales del último siglo y finalmente, a los cambios religiosos que vemos desarrollarse ante nuestros ojos.

Hemos escuchado mucho sobre esta situación que nos toca vivir y que los entendidos han calificado como el paso de la modernidad a la post modernidad. El privilegio nuestro, en cierto sentido, es el de ser testigos atentos de un proceso y comprobar que en una época de estas características las personas aman y sufren, tienen y desarrollan sus proyectos vitales, se forman una opinión sobre su tiempo y se comportan de acuerdo a ella, sin quedar paralizadas por los cambios, ni abrumados por esta pertenencia a un período de transformaciones tan profundas.

Nosotros percibimos que el mundo actual puede cambiar hasta un cierto punto y nos imaginamos viviendo desarrollándonos en los escenarios futuros sin tensiones extremas. En nuestra experiencia hemos tenido la posibilidad de desdramatizar, hasta donde esto sea posible, los tiempos de fin de época.

Con todo, al utilizar el término "fin de época" no creo que sea correcto asignarle la misma intensidad a los diferentes momentos del pasado en que las sociedades se han enfrentado a un momento de encrucijada y cambio. El paso -y en esto utilizo la periodificación convencional, por mucho que hoy se discuta su valor- de la llamada Edad Media a los tiempos modernos, con aquel impresionante desplazamiento de la cultura desde el marco rural al urbano, con las nuevas experiencias políticas de las ciudades italianas, así como las profundas transformaciones en la relación de los hombres con la fe cristiana, no parece haber estremecido a los habitantes de ese tiempo con la fuerza con que sintieron el cambio algunos testigos de fines del Imperio Romano, ni como la percibimos hoy día. Otros momentos, pienso en el siglo XIX, adquirieron la característica del cambio radical y profundo que dejó atónitos a los contemporáneos.

He querido señalar con esta última idea que los dos grandes momentos de transformación que tenemos a la vista es aquel que tuvo lugar en occidente a partir del siglo III d. C. y que identificamos con la caída del Imperio Romano y el término de la modernidad que estamos viviendo. Quisiera, en una suerte de paréntesis, llamar la atención sobre la idea constante que encontramos en los escritos de las más diversas épocas que hablan sobre el cambio y la novedad de cada tiempo. Señalo esto porque puede que también nosotros, como Horacio en el nacimiento de la era imperial romana, exageremos en nuestro diagnóstico sobre los males de este tiempo.

El notable interés que se ha despertado en las últimas décadas por el período histórico que se extiende entre los siglos III y VIII d. C. tiene mucha relación con lo que acabo de señalar. Este período de tiempo que se extiende entre la gran crisis que se inició con el gobierno del Emperador Cómodo (180- 192 d. C.) y que se cierra con la invasión de los árabes a Europa, aparece como un gran laboratorio en el que se puede observar a una cultura que se transforma profundamente, el comportamiento que en ese largo proceso tuvieron los actores sociales, y sobre todo como simultáneamente al derrumbe de lo antiguo se gesta algo nuevo, de manera tal que hay un tránsito que suaviza el paso de un momento a otro, así a las instituciones antiguas suceden otras, muy probablemente menos sofisticadas, basadas en una clave local más restringida y apoyadas sobre una idea de servicio mucho menos elaborada, pero eficientes para las exigencias de ese tiempo y que según parece, cumplieron con dignidad su cometido.

En un plano más profundo y a la vez más amplio, observamos como la crisis y debilitamiento de la idea clásica del mundo fue sustituida por la visión del emergente cristianismo que recuperó y transformó radicalmente dicha visión a un mismo tiempo.

Es en esta amplia perspectiva, vale decir un tiempo -el nuestro- que se sabe viviendo el fin de la modernidad que vuelve sus ojos sobre todo momento de similares características, que los historiadores han acuñado al término antigüedad tardía. Primero fue una proposición temeraria: Henri Pirenne y el gran Marrou, luego una certeza que ha ido tomando consistencia y difusión: Peter Brown y la larga serie de historiadores que hoy investigan y hacen docencia sobre estos temas.

Conviene recordar que en el año 1993 aparecieron los dos volúmenes dedicados a la Edad de la Antigüedad tardía (*L'Età tardoantica* es el título específico en italiano) en la monumental *Storia di Roma*, que dirigió Aldo Schiavone, siguiendo un proyecto ideado por el mismo y por Arnaldo Momigliano en sus últimos años. Se trata de más de dos mil páginas dedicadas al tema, al interior de una obra de seis tomos con un total aproximado a las 7. 000 páginas. La idea de antigüedad tardía se encuentra largamente difundida entre los colaboradores de estos tomos: Arnaldo Marcone, Lellia Gracco Ruggini, G. W. Bowersock, Charles Pietri, el mismo Peter Brown y Marcella Forlin. Disculpen la extensa lista de nombres cuyo único motivo es el de confirmar

cuántos y cuan importantes son los historiadores a los que hago referencia.

III. - Pues bien, ¿qué es la antigüedad tardía? Del libro de P. Brown. *The world of late antiquity* (Thames and Hudson, 1971; existe traducción castellana bajo el título *El Mundo en la antigüedad tardía, de Marco Aurelio a Mahoma*. Taurus, Madrid 1989) podemos deducir que se trata, en lo cronológico del tiempo que media entre los siglos III y VIII, un tiempo determinado por nuevas personas, nuevos escenarios geográficos y políticos y por nuevas creencias. Al igual que Lellia Gracco Ruggini (véase su *Tardoantico*, per una tipologia dei punti critici. En: *Storia di Roma*. Giulio Einaudi Editore. 1993. Vol. 3, 1 pp. XXXIII y ss., la insistencia viene marcada en la aproximación a este período a partir de sus características y no en términos comparativos con un período precedente, aspecto que marcó a la historiografía durante más de un siglo.

Se trataría entonces de un tiempo específico en el que se advierte una sociedad cristianizada (las nuevas creencias), con nuevos actores (provenientes de territorios marginales o relativamente marginales con respecto a los grupos protagónicos de la antigüedad clásica) y que tiene como escenarios privilegiados territorios que en períodos anteriores tuvieron una importancia menor (las ciudades de África, las de la desembocadura del Nilo, las que crecieron y desarrollaron a orillas del Rin y del Danubio).

No todos los aspectos recién mencionados pueden ser ubicados en un mismo nivel. En efecto, hay uno de ellos que tiene una mayor importancia y marca decisivamente el período, se trata de la cristianización de la sociedad.

La historia de las relaciones entre el Imperio Romano y el cristianismo, así como aquellas entre la sociedad de la antigüedad y esta nueva fe, han sido motivo de una bibliografía más que abundante y que promete seguir incrementándose. Por variadas que sean las ópticas adoptadas y divergentes los resultados, existe una cierta unanimidad en señalar que la cristianización de la sociedad antigua es un fenómeno que se dio en el marco del Imperio Romano, prestándose cada vez mayor atención a los siglos III y IV d. C.

Existen motivos suficientes como para sostener que durante el siglo III, entre otras cosas, el siglo de la gran crisis política de Roma, el cristianismo habría experimentado una triple forma de crecimiento: se habría consolidado de manera definitiva en las ciudades, especialmente en las orientales, pero también de manera considerable en las occidentales; habría experimentado una difusión en los ambientes rurales del imperio y, finalmente, habría empezado a tener una creciente aceptación entre los grupos dirigentes romanos. Este último punto debe, a su vez, entenderse en un doble sentido: por una parte el mensaje cristiano comenzó a tener seguidoras entre el sector femenino de la aristocracia y de allí se extendería gradualmente al masculino, y por la otra, habría encontrado aceptación entre aquellos "sectores nuevos" de orientales e ilíricos que llegaron al poder durante este siglo. Hacia fines de la

tercera centuria de nuestra era, el cristianismo era la religión más difundida del Imperio (para una mayor comprensión de este tema que esbozo aquí, véase mi trabajo *Las relaciones cristianismo-imperio Romano en el siglo III d. C.* en, "Seminarios de Filosofía", Volumen especial. 1992).

Esto no quiere decir que fuese la religión de la mitad más uno de los habitantes del imperio, sino que del amplio mapa de las creencias que profesaban aquellos hombres, era ésta la que contaba con más adeptos y que se agrupaba en la Iglesia más fuerte y mejor organizada. Así, al mismo tiempo en que el Estado romano adoptaba variadas posturas frente a los cristianos y su Iglesia: persecución, paz e indiferencias, esta nueva fe se extendía y se insertaba profundamente en el tejido social.

A la luz de estos antecedentes, los momentos dramáticos de inicios del siglo IV, tales como la persecución decretada por Diocleciano (302) y el gobierno de Constantino, especialmente entre los años 324 al 337, pueden ser objeto de una interpretación que se distancia de las más tradicionales.

Diocleciano, a quien no se puede discutir su capacidad como gobernante y la seriedad con que tomaba los asuntos públicos, habría ordenado la gran persecución en la convicción de que la restauración de la grandeza romana debía, en lo religioso, realizarse en torno a los dioses tradicionales. La retractación que puso fin a estos sucesos que causaron tanta muerte y destrucción en el año descansaría en la percepción de que el enfrentamiento del Estado con los cristianos exigía tal esfuerzo y desgaste que no podía concluir sino en la destrucción del Estado mismo que se quería fortificar.

Constantino, quien probablemente estuviese mucho más cercano al cristianismo de lo que Burckhardt estuvo dispuesto a admitir cuando lo consideró un hipócrita, esto es, un pagano convencido y un cristiano por conveniencia política, no habría generado una revolución desde el poder, por el contrario, habría sacado una conclusión lógica de los sucesos anteriores: si cabía todavía alguna recuperación real de la grandeza imperial, ésta debía, necesariamente, hacerse con el aporte de los cristianos y no a pesar de ellos.

El punto importante de acuerdo a lo que hemos venido sosteniendo es que los hechos políticos de la Roma Imperial de fines de siglo III e inicios del IV resultan clarificatorios para demostrar la amplia difusión de la nueva fe, con todas las transformaciones espirituales y culturales que ello significó.

He aquí el punto clave para entender la Antigüedad tardía: la cristianización de la sociedad fue un fenómeno que tuvo lugar al interior de la romanidad y no significó su colapso. Más aún, hay un tiempo, nada despreciable en su extensión, en que el Imperio Romano fue cristiano. Fue esto lo que hizo posible de que a mediados del siglo V la estructura política se derrumbase sin que por ello se produjese un corte insalvable entre ese tiempo y el siguiente. La Antigüedad tardía, entonces, viene a significar una continuidad histórica más que una ruptura.

IV. - La presentación del tema resultaría incompleta si dejásemos flotando en el aire la sensación de que la única continuidad de esta Antigüedad tardía está dada por lo religioso. También en lo político y administrativo resulta ver como hacia fines del siglo III, y muy especialmente en el IV, el gobierno central del Imperio fue sufriendo una pérdida progresiva de poder, cada día costaba más mantener en alto aquel orgullo de una administración que llegaba con toda la fuerza de su ley y poder a la Britania y a Siria, a la Panonia y al África simultáneamente. La verdad era que en las zonas más alejadas el poder se había ido debilitando y la energía de los habitantes de aquellas zonas creaba soluciones que permitiesen el gobierno local y hacer frente a los enemigos que cada vez con mayor frecuencia se hacía presente en sus tierras.

Una narración insuperable de estas situaciones la encontramos en las historias que nos dejó escritas Amiano Marcelino, un soldado de origen sirio que sirvió en los ejércitos romanos en Las Galias y donde conoció a quien sería luego el emperador Juliano. Este hombre que se preparó con esmero para escribir unas historias centradas en su propio tiempo, describe la vida cotidiana en una de las zonas (Las Galias) en las cuales la pérdida del poder central resultaba más visible. No era una buena vida la que debían llevar esos hombres tan desprotegidos ante las bandas internas y pueblos germanos que cruzaban el Rhin con creciente facilidad. Pero el texto de Amiano nos deja ver como ante la adversidad empiezan a emerger las grandes figuras locales que empeñan sus recursos y prestigio en la defensa; figuras que poco a poco van generando lealtades que acrecientan aún más su poder.

En más de una ocasión el relato nos muestra como ante el peligro inminente, las poblaciones urbanas buscan refugio en los campos, dándose formas de organización típicamente rurales.

Cabe destacar que el relato de Amiano Marcelino tiene como base los tiempos en que Constancio II gobernó el imperio, esto es, hacia el año 360. Quedaba, por lo tanto, mucho camino por recorrer, durante el cual estas tendencias se irían profundizando.

No es mi intención señalar que a partir del siglo V no hubo ninguna novedad en las formas de organización social. Nada de eso, mucho menos luego de haber leído la *Edad Media* de Robert Fossier. Me limito a señalar que aquellos rasgos con que la historiografía ha identificado los siglos altomedioevales, estaban prefigurados a partir del siglo IV en las provincias occidentales del norte. Nuevas circunstancias haría que éstas se completasen y adquirieran toda su importancia. Pero tampoco quisiera dejar pasar la oportunidad de decir que en la mítica fecha del 476 d. C., los hombres no se encontraron con la desaparición de lo antiguo y el surgimiento de algo completa y totalmente nuevo.